

calcularon con su mundana sabiduría que era mucho un dia de descanso á la semana. Se lamentaban de la pérdida que experimentaban las artes, el comercio, la industria y la agricultura por el reposo demasiado frecuente de tantos millones de brazos condenados á la inacción; y en virtud de tan profundos cálculos fué proscripto el dia de la semana consagrado mas particularmente á la religion. De aquí se infiere que todos estos calculadores políticos en nada tenian el culto de la Divinidad, á la cual todo lo debian, hasta el talento de que abusaban para arrebatarle sus adoradores; y no veian ó no querian ver que la religion dejaria de existir muy pronto para el pueblo sin el culto que se la recuerda, y se la pone como á la vista, y que para él llegaria á ser casi nula la moral sin esta religion positiva que le da una autoridad divina: así parecia que en sus inhumanos delirios envidiaban al pobre pueblo un descanso consagrado por el uso mas antiguo que se conoce, y que reclamaban imperiosamente sus necesidades y sus hábitos. Sin querer recordar por esto lo que ya no existe, ¿cómo dejarémos de llorar los extravios y la debilidad de la razon humana? Sepamos á lo ménos sacar de lo pasado útiles lecciones para lo futuro. ¡Qué

vergüenza para el siglo de las luces el haber atormentado á una nacion entera violentándola en sus inclinaciones mas dulces con no sé que fiestas, medio griegas, si se quiere, y medio romanas, nunca francesas, y siempre extravagantes! Felizmente nos vemos ya libres de tales abominaciones. El tiempo hizo por fin justicia á aquellas solemnidades ridículas: hemos vuelto á ser franceses y cristianos, y el culto decadario con su calendario de plantas y minerales desapareció mucho tiempo ha: los ídolos de esta nueva supersticion cayeron unos sobre otros para volver á las tinieblas de que nunca hubieran debido salir; é infeliz del mundo si saliesen por segunda vez! Pasemos á lo que he designado bajo del nombre general de ceremonias sagradas.

Si los hombres solo fuesen puros espíritus independientes de las impresiones de los sentidos, podria sin duda desecharse como inútil el aparato del culto cristiano, y esa serie de ritos exteriores que he designado con el nombre de ceremonias sagradas; pero admiremos en esta parte la sabiduría de la Iglesia cristiana que ha sabido evitar igualmente los dos extremos opuestos. Conociendo cuánto imperio ejercen las cosas sensibles en el corazon del hombre, y cuán

poderoso medio son los órganos corporales para excitar en las almas sentimientos de alegría ó de dolor, de terror ó de piedad, de temor ó de esperanza, y cuán necesario es cautivar el espíritu naturalmente ligero, despliega ante nosotros un orden y una serie de ceremonias á propósito para alimentar la piedad: medio inocente que seria muy injusto reprobar, pues que está tan bien apropiado á las necesidades y debilidad de nuestra naturaleza. Pero al mismo tiempo jamas cesa de advertir á sus hijos, que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: que nada son las ofrendas exteriores sin las del corazón: que no deben colocar exclusivamente su confianza en un objeto bendito, en un altar particular, en una vela encendida, en una imagen, ó en ciertas y determinadas oraciones: que estos son medios de conservar la piedad; pero no la piedad misma: que todas las exterioridades del culto serian solo un vano simulacro, si no pudiesen servir á mantener la caridad; y que todo su objeto debe ser hacer nacer ó alimentar el amor á Dios y á los hombres. Así todo se concilia, y al mismo tiempo que se conservan las exterioridades del culto, se mantiene tambien su verdadero espíritu. Si á pesar de las precauciones de la Iglesia, de las reglas que

señala para la conducta, y de las instrucciones de sus ministros, se descubriese supersticion en alguna parte, no se debe acusar á la religion, sino atribuirlo á la debilidad é ignorancia de algunos particulares.

No nos vanagloriemos, señores, de una falsa sabiduría, ni nos creamos capaces de una perfeccion quimérica. Si, socolor de depurar el culto y de hacerle mas espiritual, nada dieseis á los sentidos; si no procuraseis impresionar la imaginacion, y auxiliar la flaqueza del entendimiento con estos apoyos exteriores, resultaria un culto frio, árido y triste que nada diria al corazón; y por querer conceder demasiado al espíritu, le fatigariais ó exaltariais; y este culto, en cierto modo metafísico, degeneraria en algunos en indiferencia, ó arrastraria acaso al fanatismo las imaginaciones ardientes. Es no conocer á los hombres ni los caminos de su corazón, el despreciar los medios exteriores de sostener su atencion, y de excitar en él sentimientos piadosos. Léjos de nosotros la idea de que esto es bueno solo para la multitud: en esta parte todos los hombres son vulgo; y no hay uno, desde el ingenio mas sutil, hasta el entendimiento mas limitado, que no esté sujeto á la influencia de los signos y símbolos que hieren

los sentidos. Podria citaros en prueba, de esto hombres nada sospechosos, y que sin pertenecer á la comunión romana, no han podido dejar de sentir mas de una vez una profunda emoción á la vista de nuestras ceremonias; podria citaros á Milord Bolingbroke asistiendo en el palacio de nuestros reyes á la celebración de los divinos misterios, conmovido involuntariamente en el momento en que Luis XIV y su corte se prosternaban con un magestuoso silencio ante la santa hostia; á Misson en su viaje á Italia penetrado de respeto á la vista del pontífice romano dando su bendición al pueblo reunido en la plaza de San Pedro; á Brydone en su viaje á Sicilia y Malta, enternecido al ver la fiesta magnífica que la ciudad de Palermo celebra en honor de su patrona, y por último á Juan Santiago conmovido algunas veces en nuestros templos hasta derramar lágrimas, olvidando ante los santos altares sus frios argumentos contra la oración, y orando él mismo con toda la efusión de una alma enternecida. Vosotros mismos, los que habeis tenido preocupaciones de incredulidad, ¿no habeis experimentado algunas veces emociones semejantes? Yo os invito, señores, á venir á este templo en una de las grandes solemnidades en que la religion

desplega toda su pompa, y que termina exponiendo al Santo de los santos á la adoración pública: al ver el santuario despidiendo rayos de luz, y á un inmenso pueblo humillado ante los altares haciendo resonar en las bóvedas sagradas un cántico grave y tierno, y dirigiendo en este concierto unánime de voces y de afectos sus votos y sus homenajes hasta el trono del Eterno, acaso no podriais libertaros de cierto enternecimiento, y os sentiriais desprendidos de esa filosofía árida que bajo del pretexto de perfeccionar la razón, ahoga los buenos sentimientos.

Si quisiese recorrer una por una todas nuestras ceremonias sagradas, y explicar su sentido misterioso, no acabarian mis discursos. No puedo sin embargo omitir una observación general, muy gloriosa para la religion; y es que lejos de ser nuestro culto solamente un espectáculo para la vista, se dirige en todas sus partes á perfeccionar al cristiano, y á recordarle de continuo su creencia y sus deberes. ¿Cuál es en efecto el dogma ó el precepto que no esté representado, y en cierto modo hecho sensible por algun punto del culto público? Explicaré con ejemplos mi pensamiento. Ese signo venerable que el cristiano imprime con tanta fre-

cuencia sobre su frente, sus labios y su pecho, le recuerda los altos misterios de nuestra redencion y el de la Trinidad: el santo bautismo con sus ceremonias supone el pecado original; y el culto de los santos se enlaza con el dogma de la inmortalidad de las almas: la oracion por los difuntos, tan antigua como la Iglesia misma, supone las penas expiatorias para aquellos que no han satisfecho plenamente la justicia divina, y la oracion supone una Providencia solícita que vela sobre nosotros, y la necesidad que tenemos de su divino auxilio. Nada hay ciertamente mas instructivo ni interesante que las lecciones y los ejemplos de Jesucristo, y por esto la Iglesia nos los representa en la celebracion de los misterios de su nacimiento, de su vida, de sus padecimientos, de su muerte, y de su resurreccion gloriosa. ¿Qué cosa tampoco mas á propósito para alentarnos, que el recuerdo de las virtudes de los cristianos santos de las edades pasadas? Por eso tambien tiené la Iglesia fiestas consagradas á su memoria. Tal es la admirable concordancia de todas las partes de la religion, y de este modo se ha hecho popular el cristianismo, y entra, digamoslo así por todos los sentidos para hacer en las almas impresiones indelebles. El pueblo no es capaz de

sabias discusiones; pero tiene ojos para ver, oídos para oír, corazon para sentir, y el culto es para él como una coleccion de cuadros en que puede ver sin esfuerzo lo que debe creer, y lo que debe practicar. ¡Ah! cuán sabio y poderoso era el obrero que ha enlazado tan perfectamente todas las partes del inmortal edificio de la Iglesia cristiana, y cuán á fondo conocia el corazon del hombre, sus miserias y sus necesidades!

En vano los enemigos de la Iglesia cristiana han asimilado su culto al de las naciones paganas, y la han acusado de haber tomado sus ritos y ceremonias de los romanos, de los griegos ó de los indios: todas esas comparaciones no hacen mas que descubrir una ciega preocupacion y los esfuerzos de un odio impotente. Hay cosas en el culto que son de institucion divina, y que nunca deben variar: Jesucristo fué dueño de escoger entre los objetos materiales los que quisiese, para hacerlos instrumentos visibles de sus favores y de sus misericordias; y el abuso que de aquellos habia hecho la criatura, no quitaba al Criador su derecho para servirse de ellos. Hay tambien muchas cosas en nuestro culto que pertenecen á una disciplina variable, que no son las mismas en todos tiem-

pos ni en todos lugares; pero que una vez adoptadas por el uso y por la autoridad, deben seguirse para mantener cuanto es posible la decencia y la uniformidad en los ejercicios religiosos: sin embargo, no por eso dejan de ser cosas indiferentes en sí mismas, ó signos de convencion cuya fuerza depende toda de la intencion del que los emplea. ¿Qué importa por consiguiente que el incienso, las hachas encendidas, las genuflexiones, las prosternaciones, los vasos y vestiduras sagradas, las estatuas, las imágenes y aspersiones de agua lustral se usen en el culto de diferentes pueblos que no son cristianos? La supersticion ha podido abusar de todo esto para honrar divinidades fabulosas; pero la religion ha podido emplearlo para honrar al Dios verdadero, así como ha podido consagrarle templos destinados en otro tiempo al culto de los ídolos. ¿Se deberá pues acusar al cristianismo de tener un sacerdocio, templos y altares, porque todo esto se hallaba igualmente en el antiguo paganismo?

En vano espíritus tétricos extraviados por un falso celo querrian acusar á la iglesia de idolatría y de supersticion, porque tribute un culto á las imágenes y á los santos coronados hoy en el cielo. Si queremos desterrar todos los equí-

vocos del language, y tomar la doctrina de la iglesia tal como es en sí, ¿qué cosa mas sencilla y razonable que esta práctica? No somos tan necios que creamos que reside en las imágenes alguna divinidad ó alguna virtud secreta, y que por esto deben ser honradas: hasta los niños saben y repiten todos los dias, que estos honores se dirigen á los representados por estas imágenes. ¿Y será una cosa extraña que coloquemos en nuestros templos las imágenes de los que son nuestros modelos en la virtud, y nuestros padres en la fe, así como en las familias se ponen á la vista, y aun se tratan con cierto respeto los retratos de los antepasados? Nosotros hacemos profesion de creer que á solo Dios pertenece en propiedad la adoracion y el amor; que él solo es el árbitro de nuestra suerte; que no tenemos mas que un solo mediador verdadero que es Jesucristo; que los santos nada son y nada pueden mas que por los méritos de este; que colocados siempre en la clase de criaturas, estan á una distancia infinita del Criador, y que si debemos invocar siempre á Dios como Señor nuestro, jamas debemos invocar á los santos mas que como nuestros protectores para con Dios.

La incredulidad moderna se ha mofado de

los santos y de las santas cuya memoria veneramos; sin embargo la iglesia cristiana no ofrece á la veneracion de los pueblos sino personajes dignos de ella por virtudes eminentes que en vano se intentaria denigrar. ¿Y qué han hecho nuestros incrédulos con todas sus luces y toda su sabiduría? Han suspirado por el antiguo politeísmo que les parecia mas alegre y festivo, y hubieran querido ver renovarse las fiestas de Juno y de Baco. ¿Pero que digo? ¿No ha tenido la falsa filosofía sus dioses y diosas crueles unas veces, y lúbricos otras, como las del paganismo? ¿No la hemos visto trasformar nuestros templos en medio de cánticos lascivos, en lugares de prostitucion, y humillarse con el incensario en la mano ante una jóven disoluta? La falsa filosofía no ha visto mas que supersticion en el respeto que tributamos á las cenizas y á los sepulcros de unos cristianos cuyas virtudes ha canonizado la Iglesia; al paso que ella misma ha caido en parte en los mas monstruosos excesos. Embrutecidos unas veces sus partidarios por el materialismo, han tratado los despojos mortales del hombre como los de los mas viles animales; y arrebatados otras por la soberbia y la licencia, han paseado en carros triunfales los cadáveres de algunos hombres tan

impuros en su conducta, como en sus escritos. Así la religion ha sido vengada de las injustas reconvencciones de sus enemigos por las justas acriminaciones que ellos mismos han merecido.

Queda pues suficientemente justificado el culto de los cristianos en todas las partes de que se compone; en sus templos, en sus reuniones religiosas, y en sus ceremonias sagradas. A vosotros, señores, toca, si quereis hacer de él á los ojos del pueblo una apología mucho mas eficaz que la de nuestros discursos; y esta la espero de vuestros ejemplos y de vuestra conducta. Si nuestras Conferencias precedentes han hecho en vosotros alguna impresion favorable, acaso os habeis ya despojado de las preocupaciones en que estabais imbuidos contra los dogmas y la moral del cristianismo: acaso os sentis ya inclinados á profesar un culto cuyas ventajas y bondad conoceis; pero aun os falta el valor: aun no se os ve asistir en nuestros templos á la celebracion de los divinos misterios, y mezclados con la multitud de los cristianos fieles. ¿Y qué deberá ser de la religion, qué de la moral y aun de la sociedad misma, si jamas son frecuentados nuestros templos por aquellos que por su clase, su educacion y sus conocimientos deben tener tan grande imperio sobre los áni-

mos de la multitud? La religion no puede sostenerse ni perpetuarse sino por el culto público; pero si este culto se abandona como una supersticion á solo el pueblo, ¿no vendrá á desacreditarse y envilecerse á los ojos del pueblo mismo? ¿por qué os habeis de avergonzar de presentaros en nuestros templos para dar y recibir en ellos ejemplos de útil edificacion? Muchas veces salis de vuestros teatros, ó de vuestras fiestas nocturnas, fatigado el cuerpo agitado el espíritu, y encendido el corazon en el fuego de las pasiones: vuestras diversiones son mas bien una embriaguez que un placer, y como una copa encantada que lisonjea al principio, pero en la que se oculta la hiel y la amargura. Venid á nuestras asambleas religiosas, y saldreis de ellas con el alma mas tranquila, mas señora de sí misma, y con impresiones de cierta paz interior que os es desconocida. Reflexionad ademas, (es preciso deciroslo, á vosotros los que estais destinados á ocupar los puestos distinguidos de la sociedad) reflexionad que todos los hombres llevan dentro de sí mismos el sentimiento de no sé qué igualdad primitiva que los hace mutuamente enemigos del yugo y de la sujecion: el pueblo lanza miradas de envidia sobre el rico que vive en la abundancia, y sobre el poderoso que parece la

abruma con su fausto, y algunas veces se pregunta á sí mismo en secreto las causas de esta desigualdad de condiciones en que tan mala parte le ha cabido. De aquí nace la propension á romper los lazos de la subordinacion, de la cual en todos tiempos han sabido aprovecharse los novadores. ¡Y bien! señores, ¿queréis suavizar el rigor de la suerte de la multitud, y consolarla de los males de su clase? Venid á mezclaros con ella en nuestros templos: aquí desaparecen las distinciones: aquí todo se confunde y anonada ante la infinita magestad: aquí el pueblo conoce que Dios es todo, y que el hombre es nada: que no es el primero á los ojos de Dios el mas rico, el mas poderoso, ni el mas hábil, sino el mas virtuoso: que los poderosos y los ricos tienen el mismo Señor y el mismo jnez que él. Venid pues á nuestros templos: testigo entónces el pueblo de la religion de los que estan elevados sobre él, saldrá de nuestras asambleas consolado de su dependencia, y mas penetrado de aquel espíritu de subordinacion y de paz, que hace la prosperidad de los estados, igualmente que la de las familias.